

Entrevista a Mauricio Archila

Camilo Jiménez Alfonso / Febrero de 2010

Para aquellas personas interesadas en los movimientos sociales colombianos Mauricio Archila es una referencia obligada. Entre sus trabajos se destacan: *Cultura e identidad obrera* (1991); e *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* (2003), por este último, en Colombia la Fundación Alejandro Ángel Escobar le otorgó el Premio Nacional en Ciencias Sociales y Humanas en 2004.

Mauricio Archila es Profesor Titular del Departamento de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y ha dirigido ese Departamento en dos ocasiones. Actualmente, además de su labor como docente universitario, dirige el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, una de las revistas académicas dedicadas a la historia de Colombia con mayor tradición en este país. Y está a punto de lanzar un nuevo libro titulado *Una historia inconclusa: izquierdas políticas y movimientos sociales en Colombia*.

Cultura e identidad obrera fue su primer libro y se publicó en Colombia en 1991. Pasados casi veinte años ¿Qué le añadiría a su primer libro o qué le cambiaría?

Cultura e identidad obrera cumplió una función en mi carrera académica y en el contexto historiográfico de Colombia de finales de los ochenta. El libro fue el producto de mi tesis de doctorado y se publicó en una época en la que —si bien ya existían otros escritos sobre el sindicalismo—la historia popular no tenía mucha acogida en el país, y la dimensión cultural—en el sentido que le dieron los historiadores marxistas británicos—estaba por escribirse en Colombia. Desde luego, yo le he hecho varias anotaciones al libro, sin embargo hasta ahora no he recibido propuestas para reeditarlo—fuera de la que hicieron en Venezuela hace varios años—, y por esta razón no me he detenido a pensar en eso. Sin embargo, ese es un libro que escribí con base en los periódicos nacionales y los obreros —estos últimos habían sido poco estudiados en ese momento—, realicé entrevistas, revisé los National Archives de Washington, y releí novelas. Me preció de haber rescatado y de insistir en la importancia de José Antonio Osorio Lizarazo, un novelista que describe las condiciones del mundo social obrero de la época.

Hoy en día consultaría otras fuentes que no tuve en cuenta, el caso del Archivo General de la Nación; e incluiría los nuevos libros que han salido sobre el tema, así como otros periódicos obreros que se han encontrado recientemente. En cuanto a la hipótesis general del libro, es decir, que la identidad de la clase obrera colombiana se consolidó hacia mediados de los años cuarenta, creo que aún sigue vigente, aun cuando hay algunos historiadores que han rebatido algunas hipótesis secundarias que yo formulo en mi libro. Así como hay estudiantes que han continuado esa la línea de investigación trabajando ciudades que yo no abarqué, como Cali.

E.P. Thompson es uno de los fundadores de la historia de la cultura más importantes y más popular. Él afirma en su libro Apuntes para una historia radical que el marxismo hace demasiado énfasis en la economía para explicar los cambios sociales y que, en algunos casos, la cultura también puede ser una variable explicativa de estas transformaciones, en su opinión ¿sigue vigente el paradigma de la historia cultural?

Yo sí creo. La historia cultural se ha desarrollado mucho desde ese entonces, e incluso algunos historiadores de la cultura han llegado al extremo de negar las bases económicas o materiales de la sociedad, centrándose en los fenómenos subjetivos o simbólicos, como si la cultura flotara en el aire.

Hoy en día yo noto que los historiadores de la cultura, algunos de ellos muy comprometidos con esta tendencia radical de la que estamos hablando, han vuelto a valorar las bases económicas y materiales de la sociedad. Puedo mencionar, por ejemplo, los casos de Geoff Eley, con su libro *Una línea torcida*; y el de William H. Sewell Jr. Este último, en particular, fue una de las principales figuras de la tendencia que no valora mucho las estructuras y, recientemente, publicó un libro titulado *Logics of History*, en donde él afirma que las estructuras no se pueden olvidar, aun cuando no se trata de verlas de la misma manera en que lo hacían los estructuralistas o los marxistas de los años sesenta.

Esto indica que los historiadores de la cultura están reconociendo nuevamente que la sociedad tiene fenómenos estructurales; al mismo tiempo que no se retrocede en lo que ha ganado la historia cultural, esto es, el reconocimiento de la importancia de los valores, las tradiciones, y las actitudes—a las cuales los marxistas o los estructuralistas no les prestaban mucha atención—.

En Cultura e identidad obrera usted abarca el periodo que va de 1910 a 1945, a partir de su experiencia como profesor de historia ¿Qué vacíos quedan en la historiografía colombiana de la primera mitad del siglo XX?

Para responder esta pregunta habría que hacer dos salvedades. La primera es que es imposible conocer absolutamente todo lo que se ha escrito o se está escribiendo sobre ese periodo en las diferentes especializaciones que tiene la historia colombiana como son la economía, cultura, política entre otras. Y la segunda es que la historia como disciplina siempre tendrá vacíos, porque todo el tiempo hay la posibilidad de escribir sobre viejos temas mirándolos desde nuevos enfoques. Por esta razón, episodios de nuestro país bastante historiados como La Violencia, el 9 de abril, o la Masacre de las Bananeras, siempre podrán ser estudiados desde nuevos ángulos.

Dicho esto, creo que el periodo posterior a la Guerra de los Mil Días no se ha trabajado mucho. Si bien existen algunos libros sobre Rafael Reyes, por ejemplo, no conozco un estudio sistemático de su gobierno. Tampoco se le ha prestado mucha atención a la década de 1910, a pesar de que hay fuentes y de que algunos estudiantes han escrito sobre temas muy puntuales, faltan trabajos de síntesis. Sobre 1920 hay trabajos como el de María Tila Uribe o el de Carlos Uribe Célis –entre otros– que permiten hacerse una idea de ese periodo, pero yo no conozco uno similar sobre 1910.

La Universidad Nacional fue una de las primeras universidades en Colombia en abrir una maestría en historia, ésta posteriormente se extendió en un pregrado en historia y después en un doctorado. A partir de su experiencia como profesor y como ex director del departamento ¿Cómo ha cambiado la disciplina en Colombia desde que usted comenzó?

En la disciplina hay avances en la cualificación del historiador y en las facilidades para investigar. La imagen del historiador como un hombre ocioso –en el buen sentido de la palabra–, con recursos y que escribía sobre un tema que le llamaba la atención sin método y sin teorías, se va quedando en el pasado. La creación de departamentos de historia con profesores de tiempo completo; la cantidad de unidades académicas de historia que se han abierto, algunas de las cuales tienen programas de maestría y de doctorado; la creación de instituciones como la Asociación Colombiana de Historiadores; y la apertura de espacios para la divulgación del trabajo de los historiadores, como las publicaciones sobre historia y los congresos de la profesión; todas estas cosas muestran un progreso en el desarrollo de la disciplina.

Por otra parte, se ha avanzado en la comodidad para trabajar. Acceder a los archivos de presidencia hace veinte o treinta años era muy difícil, hoy en día el proceso de sistematización de todos estos documentos está bastante avanzado, y es relativamente fácil ir al Archivo General de la Nación y pedir un microfilm, aun cuando no se pueden consultar los documentos de las últimas décadas del siglo pasado.

Hay cierta tendencia en las ciencias humanas a escribir trabajos sobre temas que aparentemente son poco trascendentales, o que apuntan más hacia el entretenimiento que a resolver los grandes problemas de las distintas disciplinas ¿qué percepción tiene de los trabajos que está escribiendo la nueva generación de historiadores, es decir, quienes están terminando estudios de pregrado, maestría o doctorado?

En efecto hay algunos estudiantes que se van por temas que, si bien pueden parecer poco trascendentes, no se habían trabajado; otros tratan de darles enfoques novedosos a viejos temas, el caso de la perspectiva de género en los estudios sobre trabajadores; y otros escriben sobre temas que les parecen entretenidos.

Sin embargo, yo no podría decir que la producción sea completamente banal, a mí me llama la atención que se está escribiendo mucho sobre género, raza, etnia, nación,

multiculturalidad y sobre la memoria. Especialmente me llama la atención la cantidad de trabajos que hay sobre la memoria –algunos hablan de una especie de moda–. En Colombia ésta no solamente se ha trabajado como memoria de las víctimas de la violencia, que era un poco la idea original, sino también como memoria afro, indígena, popular, de movimientos sociales.

En cuanto a la forma en que se escribe la historia, la transformación fundamental es que ha disminuido la influencia del marxismo. Las distintas disciplinas de las ciencias sociales surgen en la academia colombiana a partir de los años 40 o 50 en un contexto muy politizado, y en el que la ideología marxista tenía creciente acogida. Mi generación, por ejemplo, estuvo bastante influida por ella y éramos un poco dogmáticos.

Hoy en día el marxismo ortodoxo no sólo tiene menos fuerza, sino que existen muchas variantes del marxismo; además hay otros paradigmas teóricos. Digamos que ya los estudiantes no se formulan preguntas sobre la forma del Estado o los modos de producción –que siguen estando ahí–, sino que más bien buscan nuevas aproximaciones a la historia a partir de autores como Foucault, o de los historiadores que trabajan sobre Estudios Subalternos o Postcoloniales. Y a mi juicio los trabajos que se escriben con base en estos nuevos paradigmas producen resultados que son críticos, son interesantes, refrescan la disciplina y, por supuesto, no pueden ser considerados como de derecha en términos políticos.

¿Qué queda por mejorar?

Muchas cosas. En primer lugar, faltan más recursos. Las revistas, por ejemplo, funcionan con un presupuesto bastante modesto y en un contexto en el que la Universidad Nacional está anunciando recortes presupuestales para el próximo año. En este momento yo tengo una asistente que me ayuda con la revista (*Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*), pero ya me advirtieron que probablemente el próximo año no habrá dinero para contratarla, lo que me pone en el dilema de dedicarme a la revista o de dictar clase e investigar. Y creo que esta situación de la falta de recursos, especialmente en el caso de las revistas, se extiende a otras universidades.

Otro problema es que falta consolidar los grupos de investigación disciplinar. Aun cuando ya hay algunos—en Medellín, por ejemplo, existe un grupo de historia de las religiones—, los científicos sociales tendemos a trabajar de forma muy aislada, por decirlo de alguna manera. Y la política de Colciencias de los grupos de investigación tampoco ayuda mucho, porque insiste en que los grupos sean interdisciplinarios o que si es un grupo disciplinar, deben involucrar a varias universidades. Y a veces no es fácil coordinar el trabajo con colegas de otras disciplinas y menos de otras instituciones. Además uno termina perteneciendo a varios grupos con lo que la actividad investigativa de uno se dispersa.

También falta una crítica más objetiva en el ambiente académico, y eso yo lo noto en algunas reseñas de la revista. En nuestra academia todavía hay, en un extremo, las “sociedades de mutuos elogios”, en donde uno de sus miembros escribe un libro y todos los demás salen a alabararlo; y, en el otro extremo, hay

cierta crítica destructiva que crea enemistades y daña el ambiente de discusión académica. Las reseñas objetivas, las que sopesan los argumentos de un libro, y en las que el reseñador resalta los aportes de un libro y sus falencias, esas reseñas no abundan en nuestra academia y son necesarias.

Y finalmente falta que haya más diálogo generacional en la disciplina. Hay algunos profesores de historia que no aceptan críticas, especialmente si las formulan sus estudiantes. Y en nuestros congresos, los historiadores reconocidos tienen el auditorio lleno, pero el auditorio se va desocupando a medida que la popularidad del conferencista va bajando, y muy pocos se quedan a las ponencias de los estudiantes. Hay que mejorar el diálogo no sólo entre colegas, sino también entre las generaciones de historiadores.

*Hablemos un poco de su segundo libro *Idas y venidas, vueltas y revueltas, en el que estudia la protesta en Colombia desde el Frente Nacional hasta 1990. En ciertos círculos de nuestra sociedad existe la percepción de que los colombianos no protestamos, ¿qué tanto protestamos los colombianos?**

No se puede decir que el pueblo colombiano sea el que protesta más o menos, esas generalizaciones yo no las haría. Yo digo que en Colombia hay un fenómeno, el de la protesta, que sucede con frecuencia a pesar de la violencia, y que este fenómeno merece ser leído. De pronto ésta no sea tan masiva como en otros países, en parte porque en Colombia protestar es difícil debido a la situación de orden público. Ha habido zonas del país que se estaban o se están disputando los distintos actores armados, y organizar una movilización allí es bastante complicado.

Debido a esta complejidad uno no puede comparar las manifestaciones del fenómeno de la protesta en Colombia—ni la cantidad ni la forma que asumen— con las de otros países como Francia o España —que en algunos contextos pareciera ser realmente masiva, como cuando la ETA asesinó un concejal hace unos años y toda la sociedad salió a las calles—. La gente tiende a decir “eso que pasó en España o en Francia no ocurre en Colombia”; pero de vez en cuando eso sí pasa, fíjese la movilización masiva que hubo contra la guerrilla de las FARC y la menos masiva, pero significativa, cuando se protestó contra el paramilitarismo a principios de 2008.

*En la academia colombiana existen diversas hipótesis que podrían explicar la protesta social, mencionemos algunas: unas hacen énfasis en la falta de representación, otras en el conflicto entre clases sociales, y otras en la falta de instituciones que canalicen y resuelvan los conflictos adecuadamente. En una de las conclusiones de su libro *Idas y venidas* usted afirma que los colombianos protestan por un profundo sentimiento de injusticia. Supongo que esta aseveración ha desatado cierta polémica en el medio académico.*

Efectivamente la recepción ha sido bastante diversa. Pero para poder entender un poco como llegué a esa conclusión quisiera explicar lo que subyace debajo de este libro. Yo parto de que la

protesta no es algo que funcione mecánicamente en términos de estímulo-respuesta. En ciertos contextos específicos protestar es casi que inherente al ser humano pero, a pesar de esto, no deja de ser un fenómeno complejo en el que intervienen variables como la cultura, la forma de Estado, la forma de la democracia, la existencia o no de violencia. Igualmente involucra nociones culturales de igualdad o de derechos. La pregunta que subyace bajo este libro es, ¿qué expresan las protestas en Colombia?

Y en el proceso de responder esta pregunta encontré elementos en los que tradicionalmente no se hace mucho énfasis, por ejemplo: el papel que juegan la comunicación y la solidaridad, sin estos elementos es difícil que surja la protesta; aspectos culturales como la educación, los sectores de la sociedad que protestan tienen algún nivel educativo, son empleados, campesinos, y trabajadores con algún “capital cultural”, para ponerlo en términos de Bourdieu; y encontré que no siempre la carencia absoluta—ya sea económica o de cualquier otra necesidad insatisfecha— es lo que mueve a la gente a protestar. Con esto último, lo que trato de decir es que la necesidad no es la única fuerza que mueve a la gente a protestar y muy probablemente no sea la causa más fuerte. El caso de la población indigente permite ejemplificar un poco lo que estoy diciendo ¿por qué la población indigente no se organiza y protesta? Es una población que además de problemas de índole económica tiene muchas otras necesidades insatisfechas, luego hay que buscar otras alternativas, y ahí está la falta de capital cultural, pero también la falta de comunicación y de solidaridad, todas estas carencias dificultan que los indigentes se organicen.

En una sociedad marcadamente elitista como la colombiana, y en donde las élites económicas influyen considerablemente en las políticas que se le aplican a la sociedad ¿Tienen los movimientos sociales alguna influencia?

Desde luego que sí. Indudablemente los movimientos sociales visibilizan problemas ante el gobierno y la sociedad, y muchos de los políticos incluyen estos problemas en sus agendas. Por ejemplo, está la inclusión de muchas reivindicaciones del movimiento indígena en la constitución del 91. Pero además una sociedad democrática necesita actores sociales fuertes y autónomos.

En su libro afirma que la izquierda colombiana, entre los años 60 y 80, subordinó las demandas de los actores sociales a sus diversos proyectos políticos; pero además de la izquierda legal está la armada, ¿cuál ha sido el papel que ha jugado la izquierda armada en los movimientos sociales?

Yo quisiera resaltar que la izquierda en general jugó un papel muy importante en la formación de los movimientos sociales. En cuanto a la guerrilla, es inevitable que tenga alguna repercusión en los movimientos sociales, la guerrilla es parte del paisaje social y político colombiano y uno no puede negarla en su existencia histórica.

Sin embargo, por una parte pienso que el efecto negativo de los grupos guerrilleros sobre los movimientos sociales no puede compararse con el aporte positivo de la izquierda legal. Con contadas excepciones, los distintos grupos guerrilleros no han tenido mayor influencia sobre los movimientos sociales en términos de orientación política, otra cosa es el terror que puedan crear en sus filas. En cambio la izquierda legal si le apostó a formar líderes y organizar los actores sociales para luchas más políticas y de mayor cobertura.

Por otra parte, creo que hoy en día la guerrilla en Colombia tiene el poder de las armas, pero carece de legitimidad. Compare, por ejemplo, el reconocimiento social que tiene el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México y en el mundo con el de cualquier grupo guerrillero colombiano. La guerrilla colombiana, con lo que hace, está desvirtuando el ideario que predica.

¿Cuál es la relación hoy en día entre movimientos sociales y la izquierda?

Eso hace parte del tema de un libro que aparecerá próximamente con el título de *Una historia inconclusa: izquierdas políticas y sociales en Colombia*, en el que analizamos la relación entre los grupos de izquierda y los movimientos sociales. A grandes rasgos, en Colombia está sucediendo lo mismo que

en otras partes de América Latina: la izquierda tradicional, la vieja izquierda marxista de los años sesenta está en crisis, y los movimientos sociales cada vez encausan mejor las necesidades de las personas que un partido de izquierda común y corriente. Además, los movimientos sociales cada vez son más autónomos e independientes de la izquierda, y en algunos casos pueden ser más avanzados que la misma izquierda, por ejemplo, el caso del movimiento cocalero en Bolivia; o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil que va más allá que el gobierno de izquierda de Lula.

Si la vieja izquierda está en crisis ¿cuál es el ideario de la izquierda contemporánea?

Algunas de las nuevas banderas de la izquierda giran en torno a la concreción de derechos como la libertad o la igualdad. La libertad de organizarse, de expresarse. El caso de la igualdad es más complejo porque una de las banderas de la nueva izquierda es la igualdad socio-económica y también civil y política. Un ejemplo puede ser lo que sucede con algunos problemas de género. Muchos de los derechos ciudadanos que hoy disfrutan las mujeres son el producto de la batalla del movimiento feminista; sin embargo, hoy en día sigue existiendo una desigualdad salarial bastante grande entre los hombres y las mujeres. Pero hoy también se reclama el derecho a la diferencia (étnica, de género, generación, y orientación sexual). Esa es hoy una bandera de las izquierdas sociales y políticas.

Aquí terminó la entrevista con Mauricio Archila. A lo largo de esta conversación, Archila hizo un breve recorrido por su producción académica, dedicada al estudio de los movimientos sociales, y ofreció una perspectiva de lo que están escribiendo los estudiantes en la facultad de historia de la Universidad Nacional de Colombia, así como de los cambios que ha visto en la disciplina a lo largo de su experiencia docente, dejando en claro que en Colombia la historia ha progresado.

De igual forma, quedó implícito en la conversación que la historia no está aislada del desarrollo de otras humanidades en Colombia, con las cuales comparte algunos logros y falencias. En los últimos años, por ejemplo, es común ver afiches de congresos de sociología, lingüística o literatura en Colombia, lo que muestra un avance en la creación de los espacios para el debate disciplinar; o la apertura de carreras de humanidades en universidades que antes no las ofrecían, y en muchos casos, a largo plazo, cambios cuantitativos se traducen transformaciones

cuantitativas, esto es, en la formación de mejores profesionales de las humanidades. Pero también comparten algunos problemas, como por ejemplo, la necesidad de mejorar el diálogo entre colegas, y estos últimos son los que las nuevas generaciones de académicos interesados en Colombia deben tratar de resolver.

Finalmente, queda la invitación a los lectores de la Revista de Estudios Colombianos a que revisen la obra escrita de Mauricio Archila, y a que aprovechen las contribuciones que le ha hecho al estudio de los movimientos sociales en Colombia, verbigracia, la elaboración de una base de datos sobre protestas las obreras que hubo en este país entre 1910 y 1945; trabajo que posteriormente se ha expandido a otros movimientos sociales y ha incluido muchos más años hasta convertirse en una de las más completas del país sobre este tema, esto último lo ha realizado en conjunto con investigadores del Centro de Educación e Investigación Popular, del cual Mauricio Archila hace parte desde hace varios años.